

CEDER PARA SOBREVIVIR³³

1. JUAN SE EMPEQUEÑECIÓ

El pasaje de *Jn* 3,29 ss. en el que Juan Bautista exclama: “Es necesario que él crezca y que yo disminuya”, además de revelar la cualidad de la personalidad del hombre que habla así, su perfecto sentido de la medida dentro de la vocación, nos enfrenta a un problema que a veces nos pasa inadvertido: el de saber ceder, saber retirarse a la hora oportuna, saber despejar el camino y el espacio.

- Juan estaba en el apogeo de su vida: edad, salud, energía, capacidad creadora, disposición para enfrentar las intemperies;
- en el auge del trabajo: conocía su función y los secretos de su misión, conocía su público, que lo aceptaba muy bien; su autoridad llegaba hasta los umbrales del palacio del rey, quien deseaba estrecharle la mano pero no lo hacía por miedo al pueblo;
- en la plenitud de la misión: había venido a preparar el camino, y el noble caminante ya estaba allí, emergiendo de la curva, revestido de grandiosidad mesiánica. Y tan bien había desempeñado Juan esta misión de Precursor, que los hombres lo confundían con aquel a quien había venido a anunciar.

Justamente, en esta hora, Cristo aparece, y esta aparición ilumina los horizontes del Bautista. Ve a Cristo y comprende que es el esperado, el deseado, el prometido, el Hijo amado del Padre y, por consiguiente, por todos los títulos, el dueño absoluto del camino, el mayor que Juan. Comprendió también que él, Juan, había recibido una misión circunscripta a un momento. Precursor es el que va delante, el que abre paso, que remueve obstáculos, que prepara caminos. Que arregla la llegada del esposo. Su misión era ir por delante. Nunca al lado, nunca detrás. Cada uno tiene su lugar señalado en el espacio y en el tiempo. Le incumbe ocuparlo, llenarlo. Cuando el dueño del camino llega, el que abre la ruta debe retirarse, tal como acontece en la realidad de los hombres: los obreros construyen la suntuosidad –de la capital nueva y después se retiran a la pobreza de la ciudad satélite. Los que abren las grandes autopistas, terminada la obra, son enviados a otros trabajos de suelo duro, enlodado o polvoriento, sin tener tal vez jamás la dicha de pisar el asfalto con el que mezclaron su sudor y sus rebeldías, para facilitar así la vida de millones de hombres que se benefician con el progreso. Y así, otras mil cosas que salen de la mano del obrero y nunca llegan a su mesa...

El aparecer y desaparecer del hombre que trabaja parece ser el precio de las obras que permanecen. Juan lo comprendió muy bien: había llegado para él la hora de retirarse, de disminuir, de entrar en el cono de sombra. De abandonar todo el espacio que había llenado con su presencia, su palabra verdadera, su mensaje de bendición y de amenaza, su promesa de la hora de Dios que estaba cerca. De abandonar el camino que él había llenado con peregrinos de toda la Palestina, y las amenas márgenes del Jordán que, a su llamado, se poblaron de penitentes, y las aguas límpidas que regeneraron a millares de convocados a penitencia. Era un retroceder, no sólo melodramático o de palabra, sino profundamente vital: debía salir del escenario que fue su vida y la razón de su vida, sin destruir toda la vida que todavía palpitaba en él. Sin quemar las energías con el ácido de la decepción. Sin desposarse con la amargura, como compañera de una soledad que consume, sublevante y estéril, pues la felicidad sobreviene con la certeza de haber cumplido la misión, no con haber satisfecho “1a gula del hacer” que nos devora. Este retroceder lo llevaría inexorablemente a la disolución. Pero como san Pablo, Juan suspiraba por ella por ser la mejor manera de unirse a Cristo. Juan ya había recorrido un largo camino en el misterio de la comunión con Dios. Había alcanzado la plenitud de la donación plena. Sin reservas

³³ De *Grande Sinal*, diciembre 1980, N° 10. Tradujo: M. Mectildis C. Santángelo, osb. Santa Escolástica (Buenos Aires – Argentina).

ni condiciones. Se sabía guiado y seguía.

2. EN LOS ORÍGENES DE NUESTROS INSTITUTOS

Al pasar revista a la historia de nuestros Institutos, vemos cómo los Fundadores fueron llamados por Dios para hacer la experiencia de Juan Bautista: disminuir para que el Instituto creciera. Ceder para que sobreviviera. Tuvieron que sufrir por el doloroso descubrimiento de que, en determinado momento de la historia, la supervivencia de la obra que habían iniciado, profundamente convencidos de que era obra de Dios, debía pasar a otras manos, otra mentalidad, otra orientación, otros hombres o mujeres. Otros debían tomar la obra para impulsarla hacia el futuro y, si no lo dijeron siempre, siempre lo sintieron: en esa hora se estaba jugando el destino de aquella institución.

Algunos de esos Fundadores hicieron una experiencia más dolorosa aún: se apartaron geográfica y materialmente del grupo, para que su presencia no fuera un obstáculo –aunque involuntario– para el crecimiento de la frágil planta que se enfrentaba con las primeras adversidades de la vida. Pero también en esto tuvieron buen éxito: tomaron el camino del exilio y transformaron el exilio en fecunda hora de espera del momento de Dios que, muchas veces tuvieron la dicha de disfrutar.

Un grupo de ellos fue llevado a hacer una experiencia mucho más dolorosa: fueron apartados no sólo geográfica sino también espiritualmente. Fueron cortados, hasta “expulsados”, sacados fuera del campo y de los límites, como elementos nocivos o peligrosos. Fueron repudiados por sus propios hijos. ¡Y cuántos de ellos supieron ver el valor que se escondía detrás de este procedimiento de los hombres, en el cual besaban la mano de la Providencia, como si Dios en persona les pidiese este sacrificio!

Quedamos pasmados ante la actitud de muchos Fundadores que, en la más profunda sencillez, aceptaron los hechos con naturalidad, como si los estuviesen esperando o como si formaran parte de la trama de su existencia. Eso significó sin duda alguna un sufrimiento tempestuoso y corrosivo, pero tremendamente benéfico y fecundo, no sólo para el individuo que así realizaba un largo camino rumbo a la madurez, sino también para el propio Instituto que recibía a cambio de la ingratitude y de la injusticia, una lluvia de bendiciones, desencadenada por la humillación aceptada en la alegría y vivida en la esperanza. Era el sello del Padre, para significar en forma patente, que el hombre no es más que un *instrumento*. Quien da el impulso es Dios. Quien da la perennidad y la supervivencia es Dios. Quien lleva con mano firme el timón por los caminos de la historia, es Dios. El hombre es como un andamio, necesario por unos instantes. Después la casa se mantiene sin ellos. Hasta la afearían.

Pero no es fácil dejar de colaborar cuando las personas se sientan todavía con fuerzas para ello. No es sin rebelión humana que somos arrojados al montón u olvidados, cuando nos sentimos bien capaces de sostener, asegurar, sustentar. A propósito, me gusta recordar un poema de D. Helder³⁴:

Cuando asistas al retiro de los andamios,
contempla –es claro– el edificio que surge.
Pero pide por los andamios,
pues es duro servir de soporte a la construcción,
ser necesario a la obra,
y, a la hora de la fiesta, ser retirado como estorbo!
(Río, 29-8-1962).

Aun causando sufrimientos y trastornos, Dios puede retirar al hombre del timón del barco, hasta en la hora de la borrasca violenta, para librarlo de la ilusión que se da tan frecuentemente, de que su presencia o su ausencia sean las que determinen la supervivencia de un grupo o su desaparición. Dios aparta al propio iniciador de la obra para significar que la obra está en sus divinas manos. El la asume.

³⁴ Publicado en *Grande Sinal*, n. 3, 1978, p. 184.

Desde ahora en adelante la obra participa de la eternidad de Aquel que la sostiene en sus manos. Dios obra empleando técnicas algo extrañas, pero convengamos en que son eficientes. A veces, y la mayor parte de las veces, debe obrar así para que la mirada del hombre, materializado en demasía, no se aparte de los horizontes del Absoluto o no quede preso en los umbrales de esos horizontes, incapaz de trasponerlos, y de repente comience a asumir la gloria de las realizaciones históricas, cuando esta pertenece sólo a Dios. Porque nuestra “desacralización” es capaz de dejar a Dios de lado, o en segundo plano –aunque de manera delicada y suave– concediéndole la simple operosidad de benévola aprobación a distancia. Pero Dios está más cerca de lo que sentimos, más operante de lo que palpamos, más interesado de lo que aparenta, más concretamente en la historia de lo que podemos comprobar.

Difícilmente conseguiremos comprender hasta el fondo la eficacia de estos alejamientos que no interrumpieron la presencia, de estos silencios forzados pero humildemente aceptados, de estas sombras envolventes pero hendidas por la luz de la fe. Dios que ve en lo “secreto” interpretará estos momentos y de ellos extraerá todo el potencial de que vienen cargados, pues escarbando la lava, aparentemente inocente, podemos descubrir de pronto que debajo de ella duerme un volcán...

3. ESTRATEGIAS DE RETIRADA

a) El Bautista, con su gesto, nos encanta, pero también nos desafía, arrancando reflexiones vitales. Nuestros Fundadores nos dejan pasmados con su capacidad de hundirse y desaparecer, de retirarse al desierto y callar. Nos muestran que aceptaron el don de la debilidad: es necesario acoger esta debilidad para poder hacer la experiencia de la plena fuerza de Dios en nosotros. La donación –aunque hecha a Dios– cuando transcurre sólo en la suavidad, mansedumbre y serenidad, puede tornarse egoísta. El árbol podado no tiene tiempo de descansar en la propia sombra. Deberá pensar antes en rehacer su ramaje umbroso, y en esta tarea, terminará por descubrir que su finalidad es dar sombra a los otros. Esto significa encontrar en la debilidad la causa de la grandeza. Saber ofrecer al Padre un tronco desgajado pero lleno de savia es la suprema ofrenda porque en esa hora ofrecemos exactamente lo que somos y no lo que parecemos. Ofrecernos lo esencial, despojado de las chucherías accidentales con que nos adornamos, y al adornarnos nos ocultamos a nosotros mismos, por más paradójico que esto pueda parecer.

Una cosa, sin embargo, es admirar a la distancia o desde la platea. Otra es tocar el suelo duro de la realidad y medirse con la problemática. Acogerse a esta realidad es apoyarse en la pared en la contingencia de dar una respuesta. Aceptar la extraña oportunidad que Dios nos ofrece de arriar las velas y suspender la navegación, o de colgar nuestros instrumentos de trabajo en el momento fuerte de la inspiración o de la creación, cuando en nuestro interior nada concuerda con eso. Ceder a otro, como si fuese el mismo Dios, el espacio que estábamos llenando con nuestra personalidad, nuestra acción, nuestra eficiencia, nuestra capacidad de producir, nuestros proyectos revolucionarios, para que este otro tome posesión de nuestro espacio, disponga de él, se apodere íntegramente de él. Un espacio con el cual nos habíamos identificado, con fe y celo apostólico, con garra y empeño total, que se nos habla tornado tan nuestro que lo sentíamos como un pedazo de nosotros mismos. Así, cuando se nos quita, es como si algo muy vital nos fuese amputado... Y todo esto no es algo hipotético o ficticio, ni algo tan sólo en la esfera de lo posible o de la futurología. Es algo que ya sucedió, está sucediendo y continuará sucediendo alrededor nuestro y en nosotros, porque quien se entregó completamente a Dios en la consagración religiosa, se desposó con estas realidades.

b) En el lenguaje corriente, dejamos frecuentemente la impresión de que rehuimos los cargos y los puestos de mando y preferimos permanecer al margen de las esferas del poder. Sin embargo, no siempre está aquí reflejada nuestra realidad más íntima, en toda su sinceridad. Dice el proverbio, con la acostumbrada sabiduría de los proverbios: La pipa tuerce la boca. En otras palabras: el poder vicia, los cargos de mando corrompen, el brillo de las posiciones embriaga, las distinciones se insinúan hasta en la humildad de un corazón consagrado. Conocemos la guerra que se entabla en el mundo de los hombres por ocupar cargos y puestos, el esfuerzo por mantener posiciones conquistadas, que lleva a

echar mano de trueques y destrezas, de política y de mañas, incluso de la mentira y el soborno, aunque aparentemente envueltos en objetivos piadosos y patrióticos. No estamos totalmente inmunes a estos procesos y, aún a impulsos del argumento de la salvación de las almas, corremos serios riesgos de engañarnos. Por eso, cuando aquella discusión del “mayor” y del “menor”, el Señor trató de llevar a los Apóstoles a una actitud de servicio, porque servicio supone actitud de humildad, de sujeción, de inferioridad, de peso y sacrificio, de dependencia y disponibilidad, de movilidad y de locomoción: Me parece que Cristo evoca aquí el principio: sube más alto el que da que el que recibe; más alegría cosecha el que sirve que el que manda. “Más” o “mejor” significa aquí *más perfecto*. Si ya el buen sentido nos invita a preferir lo más perfecto, ¡cuánto más la fe! Esta posición social y esta actitud interior nos conducen más fácilmente a la gratuidad de Dios, que bien comprendida es capaz de modificar la actitud comercializada del hombre, tornándolo, a su vez, el hombre de la gratuidad.

c) “Yo no soy el Cristo. Fui enviado delante de él. Quien tiene la esposa es el esposo” (Jn 3,29). Palabras con que el Bautista define, dentro del plan de Dios, la posición de Cristo: primera, única, incontestable, última. Y, al mismo tiempo, define su propia posición: subalterna, pasajera, dependiente, limitada. Continúa diciendo Juan: El amigo del esposo que está presente se alegra de oír la voz del esposo. “Se alegra mucho”: expresión en que Juan parece concentrar todo el júbilo que lo inunda y lo hace feliz porque ha llegado aquel por quién había trabajado. Cuando el sol irrumpe en la mañana, trayendo consigo el día, las lámparas se apagan sin tristeza y sin rebeldía, pues su función está terminada. Comprender que la función está terminada, retirarse y apartarse a medida que la luz va disipando las tinieblas, es virtud probada y vivenciada que demuestra equilibrio y madurez humanas.

Ser religiosamente adulto es haber comprendido que el hombre vale lo que vale su corazón, entendiendo por corazón el meollo, la médula, el centro espiritual de la personalidad espiritual. No un trozo del hombre sino su todo, libre de divisiones psicológicas violentas que lo hacen oscilar entre la inteligencia y la afectividad, entre el brillo artificial y la objetividad, entre el ser y el parecer, entre la tarea como trampolín y la tarea como deber abrazado y visto bajo la óptica de la fe, entre la fantasía y la realidad, entre el triunfo personal y el triunfo de Dios, que no es más que buscar, ante todo, el reino de Dios.

Es importante que el hombre sepa distinguirse de sus actos. Que sepa que él, hombre, difiere de sus actos. Los actos lo expresan pero no lo contienen. Puede expresarse siempre y en todas partes. No necesita estar ligado a un cargo o confinado a un espacio físico. El artista no se agota en una primera o segunda obra, por eso no se las guarda, las entrega. “Un alma viva necesita solamente la eternidad para florecer. El peor mal que se le puede hacer es el de negarle las infinitas posibilidades que ella contiene, y confundirla, hacerla coincidir con su presente o su pasado, hacer de ella una cosa muerta, inalterable, manoseable y utilizable – un objeto”. Ahora bien, podemos caer en este procedimiento hediondo cuando nos negamos estas “infinitas posibilidades”, creyendo que podemos florecer sólo en determinados locales o campos de trabajo o en el pináculo de la pirámide social. Transformando nuestras posibilidades en “objeto”, negamos no sólo la existencia de estas posibilidades en nosotros sino que las matamos. Las personas enumeran tanto al otro como a sí mismo lo que pueden hacer. Una vez que ha sido creado el cuadro en que puede funcionar, la persona queda clasificada, y sólo se cree en las posibilidades que el cuadro abarca. Esto es disminuir el alma, es estrechar nuestra personalidad. Real esclavitud...

Por el contrario, ¡qué liberador ha de ser el estar libre de este cuadro o de esta clasificación! Poder ser llamado a cualquier hora, enviado a todos los rincones de la mies del Padre, ocuparse en arbustos cuajados de flores y en árboles mustios, en campos dorados por la cosecha y en campos devastados, en tierras aradas y listas para recibir la semilla y en tierras incultas y salvajes. Y eso a cualquier hora y cualquier día de la vida. Decía Teilhard de Chardin: el mayor castigo impuesto al hombre es el de hacer que se encierre en sí mismo... Llego a este punto cuando al perder un oficio, o una función o un puesto de mando, me niego a volver a comenzar y, en vez de ver el mundo herido a mi alrededor, esperando de mí la curación, me vuelvo hacia mis heridas interiores, en la esperanza de que el mundo se incline sobre ellas y llore mi “desgracia”.

El hombre de espíritu maduro sabrá, como el Bautista, cortar la palabra en el mismo instante en que sube a sus labios porque otro se va a dirigir a la platea. Y se llena de alegría. Sabrá retirarse al fondo de la escena porque otro mayor sube al proscenio. Y se llena de gran alegría. Sabrá ir a ocupar el último lugar y hasta salir de la sala del banquete porque el dueño de la cabecera llegó. Y se llena de gran alegría. Y esta alegría, sincera y vital, nacida de lo más profundo del hombre, sin máscaras ni aderezos engañosos, lo librá de la actitud derrotista, amargada, del vencido, derrotado, agotado, esterilizado, preterido, abandonado.

d) Existe en el hombre una tensión psíquica que lo lleva a querer superar lo que en un momento dado es o hace. En virtud de su conocimiento trascendente y de la conciencia que de sí mismo posee, tiende hacia un ideal y experimenta una tensión entre su estado actual y el ideal que desea realizar, ideal este que podrá no ser el más adecuado a su personalidad, o que podrá estar influenciado por la cultura en la cual vive o por otros estímulos ambientales, sobre todo familiares, pero que de cualquier manera significará siempre la presencia de una fuerza o de una tendencia a superarse a sí mismo. Esta tendencia lleva a un esfuerzo personal para buscar los medios que conducen a dicho fin o para apartar los obstáculos tanto de orden interno como de orden externo³⁵.

Esta tendencia se puede transformar en una obsesión y consumir todas las energías del individuo si una visión más profunda no entra en su vida. Cabe aquí lo que Juan Pablo II definía como el Absoluto de Dios. Con Jacques Leclercq diría más aún: “Sólo aquel que pone el absoluto donde realmente está, puede reconocer la relatividad de las cosas Y de sí mismo, sin perder la alegría de vivir. Estamos con toda la Verdad en el Absoluto, en la medida en que nuestro relativo está de acuerdo con el Absoluto verdadero³⁶”.

El hombre se abre así al Espíritu Santo que le enseñará a servir. Servir sin condicionamientos y sin egoísmos. Servir porque pensamos en el otro y no en nosotros. Descubre que el buen servidor deberá estar dotado de movilidad para atender al grito de socorro que brota de todos los rincones de la tierra. Esta movilidad le da una gran docilidad: percibe la voz de Dios a su alrededor y encuentra a Dios en las invitaciones que le son dirigidas. De pronto, el plan de Dios aparece en todo su vigor, transformando en sub-planes los individuales. La conversión va realizando su trabajo de buena acogida:

- las nuevas generaciones comienzan a ser vistas no ya como amenaza o rival, sino como concreciones de esperanza;
- los que acaban de formarse en una especialidad equivalente o afín a la nuestra, no aparecerán como invasores de nuestra área, sino como sangre nueva que viene a revitalizar un campo que nos es afectivamente querido;
- nuestro sustituto, en cualquier cargo, no tomará para nosotros la figura de un sepulturero que viene a sepultarnos, sino la de un joven jardinero que viene a derramar cariño en nuestros canteros;
- cuando alguien es designado para tomar a su cargo la casa que nuestro sudor edificó y nuestro amor organizó, no será mirado como un intruso o un invasor, sino como el continuador, el heredero, que todo padre y toda madre desea para su heredad;
- cuando seamos invitados a entregar nuestra secretaría o nuestra dirección, nuestra administración o nuestro grupo juvenil, nuestra escuela catequética o nuestro centro de formación, no lo haremos con la sensación de quien presencia el incendio de su casa que se reduce a cenizas, sino con el alma alegre de quien amanece y encuentra el almendro cargado de flores que prometen fruto abundante para la próxima estación.

³⁵ Cf. MARIO G. REIS, *Pessoa, Eficiencia e Desenvolvimento Hoje*, Ed. Vozes, Petropolis 1969, pp. 123 s.

³⁶ *Diálogo do Homem e de Deus*, Col. Efeso, Lisboa p. 29.

4. TAMBIÉN ES CUESTIÓN DE FE Y DE AMOR

“Sabéis –decía Juan Pablo II a las Religiosas en el Brasil– que para mantener bien nítida la percepción de la vida consagrada, es necesaria una profunda visión de fe que afirme vuestra generosidad e ilumine vuestro continuo perfeccionamiento en la caridad”. El Papa tocó brevemente algunos puntos decisivos: el religioso está consagrado en toda su vida y para toda su vida y para todas las circunstancias y momentos; para poder responder a este conjunto complejo de llamados, se le exige una generosidad sin límites, hecha de entrega y donación: por esta donación el consagrado camina constantemente por el camino de la perfección de la caridad. Porque todos los desafíos se resumen en este: caminar por los caminos del amor, perfeccionarse en él a semejanza de Cristo que lo comprendió, vivió y predicó. Sin olvidar que la renuncia es la compañera constante y punzante de todo amor oblativo. Sin ella, el amor se torna una vitrina muy arreglada, pero inaccesible a los transeúntes. Por eso dice Larrañaga: Amar oblativamente es morir un poco. Ofrecerse no es dar alguna cosa o un trozo de sí, de su tiempo, de sus talentos, de sus posesiones, de sus posibilidades. Es entregarse, es darse totalmente, y esto, forzosamente nos va a tocar en nuestra totalidad.

Debemos comprender, sin embargo que no siempre me esperan a que me ofrezca, que me dé, que elija la hora y el lugar del holocausto; a veces me arrancan, me sustraen, me mutilan, me violentan. En esa hora no es el lenguaje del hombre, ni sus formas ni sus parámetros los que me darán la explicación satisfactoria, convincente o pacificadora. Nuevamente Juan Pablo II en el mismo discurso a las religiosas nos indica una pista segura para soportar estas horas de indecisión y de difícil digestión espiritual: “... Es necesario el diálogo con Dios en la oración. Sin la oración, la vida religiosa pierde su significado y no alcanza sus objetivos. Es preciso orar siempre para vivificar el don de Dios”.

Como conclusión: había una vez una maceta de flores que crecía en la ventana junto a los ricos cortinados, bajo las miradas de las visitas, besada por un sol amigo y cariñosamente regada por la dueña de casa. Un día, por extraños cambios, la dueña la transfirió a un lugar retirado y solo, con poca luz, poco sol, poca humedad. Pero mientras estuvo allí continuó floreciendo. Algunos días después fue a parar a un sótano maloliente, húmedo y oscuro, donde sobrevivió apenas. Pero aún así empleó toda su energía en florecer. Finalmente, la arrojaron junto a un basural: se quebró la maceta, se desparramó la tierra. Pero la planta tuvo una sola venganza: floreció con el color más hermoso que le fue posible ostentar. Pues, al fin, su misión era florecer, y en el florecer buscaba su alegría.

Guaratinguetá, SP - Brasil